

PANEL del viernes 17 de junio Facultad de Psicología - APU  
**“LA MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE LAS NEUROSIS”**

**TRABAJO**

**“DE LA ANALIZABILIDAD DE LOS PACIENTES ANALIZABLES”**  
**“La misteriosa desaparición de las neurosis” 20 años después**

**Daniel Rodríguez**

---

La discusión que este artículo plantea, (Lacan versus Kohut) es una de las tantas que hemos tenido y tenemos en Instituciones analíticas en las que conviven distintos cuerpos teóricos. Y los miembros de ellas pensamos que esta convivencia de tantas tribus, polemizando respecto de los defectos y virtudes de cada uno de los dialectos psicoanalíticos, ha sido y es un buen ejercicio.

También pensamos que las diferencias deben tensarse al máximo sin temerle a los apasionados debates, buscando a veces forzosos acuerdos que a la postre resultan empobrecedores. Por eso no coincidimos con aquello que a veces se escucha de que más allá de las divergencias teóricas, en el fondo, en la clínica, nos encontramos todos. De ser así las teorías serían nada más que un mero recubrimiento de una verdad única subyacente a ellas.

Es por eso que el artículo criticaba las posturas eclécticas o sincréticas de falsas conciliaciones. Justamente, convivir con las diferencias es algo saludable para cualquier institución, se trate de una institución analítica o de un país.

También cuestionábamos otra variante de lo mismo que nos parece proponer el autor con aquello de que iniciamos un tratamiento de la mano de Kohut, para solucionar los problemas del apego, y, una vez que ya ingresamos al Edipo, le damos el volante a Freud.

Confieso que esto de leerse a uno mismo es todo un tema, y al que se atreva a hacerlo le pueden pasar dos cosas:

- Que uno siga estando de acuerdo con uno mismo, como era el caso de un compañero de residencia que se citaba a sí mismo diciendo : *“como yo bien dije”*
- O que se genere el efecto Woody Allen, cuando dijo: *“anoche se me ocurrió una cosa con la que no estoy para nada de acuerdo”*. Retomaré el *“efecto Woody”*, para hablar de la división del sujeto y de la cuestión de la analizabilidad.

Hoy en día no es la postura de Kohut la que nos desvela, aunque se me quedó un interrogante colgado, ya que me hubiera gustado preguntarle si él consideraba que el narcisismo, de *“Formas y transformaciones del narcisismo”*, que para mí, al igual que el malestar en la cultura, es una enfermedad incurable, si lo sería desde sus teorías.

Creo que lo que nos puso alertas y en posición de combate a Oscar Paulucci y a mí hace 20 años, fue la cuestión de la desaparición de las neurosis, que como Uds. sabrán ya fueron oportunamente desalojadas del DSM, igual que la Homosexualidad, aunque por

razones muy diferentes en cada caso, en una muestra más de la arbitrariedad de este instrumento nosográfico.

Les cuento que en la época en que andábamos de gira por el interior del país, llevando bajo el brazo este artículo, nos salió al cruce un grupo de candidatos de una institución psicoanalítica para preguntarnos si era cierto que habían desaparecido las neurosis, porque, de ser así, les surgía una pregunta inquietante: *“Y entonces, nosotros, los candidatos, ¿que somos?”*, porque no les caía simpático ninguno de los casilleros psicopatológicos que habían quedado vacantes.

El tema es si la neurosis dentro del psicoanálisis puede ser solo considerada como un cuadro clínico como tantos otros, donde su desaparición no necesariamente hace temblar al conjunto. Muchas especies animales han desaparecido por eventos naturales o culturales y el mundo, y el DSM, siguen andando.

Me parece que no debería considerarse a la neurosis sólo desde una vertiente nosográfica, sino como algo inherente a la constitución subjetiva, como cuando se habla, o hablaba, de *“la personalidad neurótica de nuestro tiempo”*.

O también a la neurotización, vivencia sufriente que experimenta el Sujeto, a lo Woody, cuando enfrenta su división como tal, donde, si padece un síntoma, que experimenta como ajeno y egodistónico, no por eso dejará de darse cuenta que es algo le pertenece, lo implica, y lo interroga.

Pensamos que la neurotización así entendida es la puerta de entrada inexorable de un proceso analítico, como históricamente lo fuera la clínica que diera nacimiento a las investigaciones freudianas.

Si el síntoma o el malestar no interrogan al sujeto, o este no muestra ningún interés por saber que tiene él que ver, o en que lo implica aquello de lo que se queja, no vamos por buen camino, mientras el analista consultado, y ya en las entrevistas preliminares no logre generar las condiciones como para que eso ocurra.

Claro que las épocas no ayudan (alguna vez ayudaron?) cuando por ejemplo asistimos a una tendencia que se ha dado en llamar de *“Medicalización del malestar”*, en la cual pareciera que al sujeto posmoderno habría que aliviarlo de la tristeza, del aburrimiento, de la espera, del misterio, y sobre todo de la angustia, elementos todos que lo sustraen de un imaginario e idealizado bienestar, al que contribuirían los laboratorios con la medicación adecuada para cada caso.

Desde ese punto de vista los analistas, que quizás debiéramos convertirnos en una suerte de *“ecologistas-preservacionistas de la angustia”*, estaríamos nuevamente a contramano de la historia.

Por todo esto y más allá de otros riesgos que acechan, muchos de ellos dentro de la misma corporación, nos parecía que el planteamiento de la desaparición de las neurosis también ponía en cuestión la sobrevivencia misma del psicoanálisis dentro de un imaginario social que preanuncia con frecuencia su inminente muerte.

Vida y muerte del psicoanálisis o la analizabilidad de los pacientes “analizables”

En un afán taxonómico cualquiera puede intentar clasificar distintas cosas en esta vida, como lo hizo Linneo con las plantas y los animales, pero, en algún momento, sería bueno que se preguntara cual es la finalidad subyacente al hacerlo.

Respecto del psicoanálisis cabe recordar que Freud, en la división inicial que hizo de los cuadros clínicos con los que lidiaba, al separarlos en Neurosis de Transferencia y Neurosis Narcisísticas, mostró que su interés estaba centrado en señalar los distintos niveles de accesibilidad de dichos cuadros al procedimiento que estaba construyendo, más que un mero afán nosográfico.

Y cuando prestó atención a los avances que hacían psiquiatras contemporáneos que, comulgando con sus teorías, trataban las patologías más severas, sus “excursiones psiquiátricas” le permitieron más bien incorporar nuevos elementos para sus elaboraciones acerca del psiquismo, y sus etapas evolutivas, que ampliar sus criterios respecto de los grados de analizabilidad que inicialmente había establecido. Las relaciones entre el delirio de observación y su teoría del superyo, o las de las idas y vueltas de la libido en la esquizofrenia, con sus desarrollos sobre el narcisismo, son prueba de ello.

Una vez que un analista despeja en aquel que lo consulta si está o no frente a un cuadro orgánico, si se avecina alguna actuación de riesgo para si o terceros, o si existe una conexión tan frágil con la realidad que pueda anticipar el desencadenamiento de una psicosis, se encuentra ya en condiciones de pensar cual es la mejor estrategia para ayudarlo a encontrar cual es su mejor lugar en el mundo. Dentro de ellas se encuentra la posibilidad de invitar a su paciente a participar de la aventura que supone la propuesta analítica.

Si bien un analista no puede sacar los pies del plato respecto de su momento histórico, tampoco puede, como dijo Sartre, darle a las demandas y condicionantes de época el papel de determinantes a los que tiene que adaptarse, por eso es que el destino y sobrevida del psicoanálisis también dependerá de su accionar.

Porque, una vez que separó del grupo de pacientes a aquellos que no se beneficiarían con esta propuesta le quedan los supuestamente analizables, siempre teniendo en cuenta aquello de que *“no todo bicho que camina va a parar al asador”*.

Y acá me vuelvo a acordar de aquel compañero de residencia, porque al respecto, en un trabajo que figura en el libro mencionado, yo “bien decía” que si la disposición al análisis no siempre está presente, los analistas, en aras de preservar nuestro instrumento, debíamos evitar propuestas extemporáneas o forzadas, de tal modo de cuidarle las posibilidades potenciales de análisis a un sujeto para cuando le llegue “su” momento.

La tarea más complicada de los analistas, antes de, y durante el proceso mismo, es la de convertir al quejoso indolente, apoyado por los condicionantes culturales ya mencionados, en un analizante-trabajador.

La denominación de analizante hecha por Lacan sugiere que, contando con nuestra provocante participación, él se constituya en el polo de asociación, e inclusive de interpretación, durante el proceso.

La versión caricaturesca de un analista que puede presentarse en la vida cotidiana, en donde alguien que está hablando se interrumpe y nos dice *“no quiero ni pensar lo que vos estarás interpretando”* nos ubica en el lugar de quien se la pasa haciendo eso, o poblando de sentido todo lo que se le cruza por delante, no se corresponde con un rol deseable para nuestra profesión.

Alguna vez llamé “efectos de interpretación” a todos los aconteceres que sacuden nuestra existencia y nos reposicionan en nuestro modo de situarnos y pensarla. La idea es que esas cosas que suceden espontáneamente, y ponen en cuestión nuestras creencias e identificaciones, encuentren en el curso de un análisis, y gracias a nuestra participación, un escenario de potenciación.

Creo que, repasando el trabajo que escribimos con Oscar hace 20 años, no nos convocaron tanto las divergencias con la teoría de Kohut, sino la posibilidad de que se perdiera de vista lo que las neurosis, tal como fui desarrollando, desaparecieran del mapa sin atender a su lugar de condición de posibilidad de un análisis, tal como lo entendemos.

La permanencia del análisis a pesar de ello deja a los analistas en el lugar de aquellos profesionales que, compitiendo con otras ofertas del mercado, y con sus conocimientos acerca del inconciente, pueden dar a los seres sufrientes otra versión acerca de la vida.

Esto pasa por alto el hecho de que si bien la suposición de un saber abre las puertas al análisis, la verdadera función de un analista tendría que consistir en su artesanal capacidad de estimular su producción por parte del paciente, ya que el saber acerca de las razones inconcientes de su padecer está de su lado, y no en las teorías que a veces nublan las mentes de los analistas.

#### A modo de conclusión

Existen en el campo psicoanalítico dos discusiones no saldadas que se recortan del resto, y que estaban presentes en esta polémica que en “La misteriosa” sosteníamos con Kohut, a saber:

- ¿Se ha ampliado el territorio de aplicación del psicoanálisis a patologías más severas, o a supuestas nuevas patologías, a partir de lo que fuera la clínica inicial de las neurosis?
- ¿Cuándo un proceso de intercambio predominantemente verbal, entre dos o más sujetos es considerado psicoanalítico?

Podría agregarse una tercera, pero de otro orden:

- ¿Cual es el trasfondo o las razones por las cuales los analistas, y también los que no lo son, nos embarcamos con tanta pasión en ellas?

Algunas son de orden institucional, en tanto la práctica del psicoanálisis no es una práctica regulada por el Estado, como sería el caso de un médico o un arquitecto que necesita de Títulos, Licencias o Matrículas para el ejercicio de su profesión. Y aunque la discusión está instalada hace tiempo en el campo Psi, son instituciones oficiales privadas, filiales de la IPA, originalmente creada por Freud, las que asumen la responsabilidad de otorgarlos.

Si una institución otorga el título de analista a un profesional que, entre otras cosas, ha finalizado un tratamiento analítico, debería poder definir con claridad que “ES” análisis y que no.

Hay razones de otro orden que hacen a lo que se considera en ciencias sociales “producción de subjetividad”, dentro de la cual cabe incluir a los grados de libertad deseables de alcanzar en un sujeto maduro.

Si el psicoanálisis, como pienso, debe ser considerado como un insumo dentro de lo que se llama “pensamiento crítico”, en este caso aplicado al esclarecimiento de cuales son los determinantes inconcientes de la conducta de un sujeto, discutiendo con el “Discurso oficial” y el “Pensamiento único” que emanan del Yo, no es irrelevante discutir cuales son los mejores medios y el mejor camino para lograrlo.

Si algo caracteriza al sufrimiento mental en sus variadas formas de expresión es la pérdida de autonomía, la que en los cuadros más severos se expresa muchas veces como una alienación sin salida.

Por el camino inverso, el psicoanálisis, cuando las circunstancias lo permiten, y dentro de ellas la fundamental es que el paciente quiera y pueda enterarse que es lo que el tiene que ver con aquello de lo que se queja, es uno de los caminos más aconsejables.

¿Y mientras tanto? ¿Mientras no están dadas las condiciones? Mientras no lo están, en las etapas en las que intentamos aproximarnos a la meta, llámense “tratamientos de prueba” (Freud) o “Entrevistas preliminares” el objetivo de alcanzar el máximo nivel de libertad al que pueda acceder el sujeto debe estar siempre en el horizonte del analista.